

Comunicación corporal -kinésica, proxémica-

Antonio Muñoz Carrión

Universidad Complutense de Madrid

La especificidad de las expresiones corporales

Dentro del ámbito de los estudios de comunicación, se ha configurado desde hace varias décadas una nueva especialidad que se ha centrado en el análisis del cuerpo y de sus aditamentos como fuente de expresiones dirigidas a usos comunicativos. Conviene señalar que uno de los factores que desde el punto de vista teórico más han intervenido a la hora de potenciar esta especialidad ha sido la necesidad de abordar rigurosamente el plano de la metacomunicación. Para analizar las comunicaciones que recurren a las lenguas naturales, existen una multiplicidad de modelos, generalmente procedentes de la lingüística, que se plantean el estudio del plano de la significación. Sin embargo, la pregunta es ¿cómo puede abordarse el plano del sentido? Es factible determinar las sintaxis y semánticas que rigen en las expresiones verbales; lo dificultoso es identificar el sentido con el que debe ser entendida la significación de dichas expresiones verbales. Por ejemplo, cuando le digo que no la voy a querer más, estoy utilizando la lengua monosémicamente; transmito un mensaje que, en principio, no ofrece dudas. La lengua natural, está en disposición de digitalizar la comunicación en una gran parte de las situaciones en que se usa. Sin embargo, en los procesos de interacción comunicativa, ese mensaje de estructura lingüística, cuando es enunciado en un acto de interacción, se presenta siempre calificado por expresiones comunicativas de naturaleza no verbal. La significación del mensaje verbal es puntuada por el sentido producido mediante expresiones no verbales. Es decir, la significación de la comunicación digital deberá ser entendida a partir del sentido que se indique desde el nivel analógico de la comunicación, es decir, desde el plano metacomunicativo. Así pues, el significado de « te odio » puntuado con una cálida sonrisa puede invertir su sentido. Desde esta perspectiva cabe integrar en un mismo proyecto el estudio de las expresiones codificadas lingüísticamente y el de aquéllas que responden a otras formas de codificación; por lo tanto cabe distinguir dos niveles lógicos distintos: el de la comunicación verbal, de naturaleza digital y el de la comunicación no verbal, de naturaleza analógica. La segunda se sitúa en un nivel lógico superior que la primera, desde el momento en que determina el sentido con el que debe ser entendida aquélla. Aquí sólo se va a tratar la segunda de ellas, es decir, la que suele denominarse CNV.

Cuando se habla de CNV es necesario señalar que, por una parte, la naturaleza de sus expresiones tiene unas características específicas que la diferencian de la comunicación codificada mediante lenguas naturales, pero por otra, el modelo de análisis que estudia a ambas es el mismo. En cualquier tipo de comunicación se presenta una serie de componentes que pueden ser analizados con un mismo modelo; toda comunicación se caracteriza por exigir la relación entre dos o más «actores» mediante procedimientos expresivos. Por ejemplo, un actor genera un tipo de expresiones que es percibida por otro actor; estas expresiones designan algún objeto de referencia, que es representado mentalmente, con un sentido determinado, por el actor destinatario. Es decir, son las expresiones las que designan a los objetos de referencia de la comunicación. Tan expresiones son los sonidos producidos con las cuerdas vocales en el habla, como los gestos o las posturas que los acompañan. Tanta capacidad evocadora tienen las palabras, como pueden tener las expresiones faciales o los gestos con las manos. Por esta razón, la CNV debe ser estudiada con el mismo modelo de análisis con el que se abordan los demás procedimientos físicos de interacción que recurren al intercambio de expresiones.

En efecto, toda expresión se produce tras la modificación de una materia mediante la aplicación de una energía; la expresión constituye, pues, desde el punto de vista físico, una alteración y desde el punto de vista comunicativo, un cambio de estado perceptible por alguien. Estos cambios de estado son los que designan, por analogía, las diversas actitudes, emociones, etc., que se desea comunicar. Desde esta perspectiva, es necesario señalar como característica intrínseca de las CNV que la expresividad kinésica es una manifestación que constituye una continuidad con respecto a aquello a lo que se refiere. Expresión y referencia forman parte de un mismo proceso en el que únicamente intervienen, como mediadoras, las constricciones filogenéticas y las culturales.

El cuerpo como «nivel cero» de la comunicación

En los comportamientos comunicativos que recurren a las expresiones corporales no existe un «nivel cero» de la comunicación, ya que en la interacción social resulta imposible el que se pueda evitar el proceso de atribución de los demás. Es decir, el cuerpo, en su propia desnudez y en sus movimientos elementales, es percibido siempre dentro de modelos culturales de representación de lo bello, lo feo, lo sano, lo débil, lo fuerte, etc. Cada una de estas atribuciones determina a su vez a otras situadas en lo que podrían constituir categorías lógicas diferentes, de entre las cuales en el campo de la comunicación interesa especialmente la axiológica. De esta forma, la materia básica de la CNV, que es el propio cuerpo, se convierte en una carga heredada y parcialmente inevitable para el actor que lo encarna. El inicio de toda interacción comunicativa cara a cara está condicionado por la información que atribuyen los actores interactuantes a sus respectivos cuerpos, posturas, gestos y que cada cultura ha determinado a lo largo de su desarrollo. Desde esta perspectiva, las posibilidades comunicativas que se abren en el plano kinésico pueden reducirse a dos: o bien se generan expresiones (gestos, posturas) a partir de las capacidades funcionales del organismo del actor y de los hábitos culturales, o bien se resaltan o se ocultan artificialmente los caracteres fisionómicos y constitucionales -en cada

situación, de manera que dicho cuerpo pueda liberarse de la atribución que de él se hace desde los patrones culturales al uso. La primera de estas posibilidades conduce a los estudios que desde la ciencia social se han llevado a cabo acerca de las dimensiones kinésicas y proxémicas de la comunicación. La segunda es la que ha otorgado un valor comunicativo a los diferentes aditamentos y formas de ornamentación existentes en cada cultura y momento histórico. La primera de estas posibilidades, que es la que nos interesa en este artículo, remite al uso comunicativo del cuerpo, mientras que la segunda remite al uso de otros objetos en el marco de los ritos y especialmente en relación con la moda. *La kinésica y sus tendencias*

1. Existen aproximaciones al estudio del cuerpo desde la fisionomía, la psiquiatría y la psico-patología que han resultado innovadoras a lo largo de la primera mitad de este siglo, y que, en ocasiones, han sido fuente de inspiración de trabajos posteriores sobre la CNV. Estos trabajos se han centrado sobre la personalidad, a la que relacionan fundamentalmente con el tipo constitucional. Uno de los autores que más han insistido en esta perspectiva ha sido E. Kretschmer, quien distinguió entre «pícnico-ciclotímicos», «asténico-esquizotímicos» y «atlético-epileptoides». La biotipología, que es la disciplina por la que cabe atribuir aptitudes y carácter determinado a los diferentes tipos constitucionales, se preocupó inicialmente por medir el cuerpo (cráneo, musculatura, peso, talla, etc.), tal y como venían haciendo los antropólogos desde el siglo pasado. Posteriormente se orientó hacia la endocrinología, los grupos sanguíneos y la electroencefalografía. Otras clasificaciones similares fueron realizadas también en el primer tercio de siglo por Sheldon y por Sigaud.

Otro trabajo clásico es el de Allport y Vernon, quienes estudian igualmente la personalidad, pero esta vez determinada por el estilo expresivo de los sujetos. Tanto Fromm-Reichmann como Deutsch y Murphy reinciden igualmente en la expresión de la personalidad, aunque desde variables más próximas a la kinésica, como son la postura, los movimientos corporales y el tono de voz.

Sin embargo, estas investigaciones no pueden considerarse específicamente comunicacionales, en la medida en la que se basan en datos clínicos y no se plantean como objetivo primordial la identificación sistemática de los códigos usados en la comunicación corporal y sus formas sociales de uso.

2. Si por una parte la antropología física ha sido una de las disciplinas pioneras en el estudio del cuerpo, salvando excepciones como la obra de A. Leroi-Gourhan, solamente la antropología social y cultural y la sociología han vinculado el estudio de la gestualidad y de la plasticidad corporal al plano de la significación y al del simbolismo, estableciendo con ello un nivel de análisis pertinente para abordar la comunicación. Dejando a un lado los intentos de J.-M. Gerando y sus coetáneos por descubrir, en 1800, los «lenguajes de acción» derivados de los diversos tipos de gestos de los pueblos salvajes, la mayor parte de los antropólogos contemporáneos han coincidido en señalar a la cultura como mediadora en el aprendizaje de los gestos, posturas, destrezas expresivas, rituales y todos los demás comportamientos utilizados en el marco de interacciones comunicativas. M. Mauss es uno de los representantes clásicos de esta posición, pues considera las expresiones no verbales como lenguajes que deben ser usados con un carácter obligatorio y social (1921). E. Sapir, que es quizás el investigador más enigmático en este tema, en 1927 refiriéndose a la gestualidad señala que «reaccionamos como si siguiéramos un código secreto y complicado, que no está escrito en ninguna parte que no es conocido por nadie, pero sí entendido por todos» y que no depende de causas orgánicas sino que se aprende socialmente. Precisamente Sapir influiría mucho después y de una forma decisiva sobre todos los teóricos de la comunicación pertenecientes o relacionados con la Escuela de Palo Alto. D. Efrón, alumno de F. Boas, realizó su tesis doctoral (1941) comparando, con una sistematicidad extrema para la época, los gestos de los judíos y de los italianos en dos momentos y lugares distintos: Europa y Estados Unidos. Efrón demostró la falsedad de la teoría racial de los gestos y destacó una vez más la importancia de los procesos de enculturización en la expresión kinésica. En 1940, O. Klineberg, a partir de numerosos datos etnográficos, señaló que «la expresión emocional debe considerarse, no simplemente como resultado espontáneo de procesos fisiológicos internos, sino también como un medio de comunicación social, o sea como un lenguaje»; así pues, ni se necesita sentir una emoción para expresarla ni tienen que expresarse todas las emociones que se sienten. Más radical todavía es el antropólogo W. Labarre quien, ya en 1947, e influido también por Sapir, se plantea el estudio de los gestos no como actos instintivos, sino a partir de sus bases culturales, y señala que dichos códigos «tienen que aprenderse como cualquier sistema arbitrario, inventado, simbólico».

En el grupo de los sociólogos existen numerosas aportaciones que exigirían una atención particular, si bien desde las observaciones de G. Tarde sobre los procesos de imitación (1890), sus trabajos en este ámbito han derivado frecuentemente a una macrokinésica que se ha fijado sobre todo en los ceremoniales cotidianos. Una contribución decisiva, aunque nunca reconocida, se debe a J.L. Moreno quien, aparte de las finalidades dramatúrgicas y psicoanalíticas de sus investigaciones (1918-20), estableció una serie de conceptos muy operativos en el campo de la comunicación no verbal y de sus relaciones con la expresión de la energía, que más tarde influirían notablemente sobre Reich; también estudió la proximidad en la escena, sentando bases para la que posteriormente se llamaría ciencia de la proxémica y que desarrollaría Hall. El autor más representativo de todos los que actualmente siguen trabajando desde la perspectiva sociodramática es E. Goffman. Entre los temas más seductores y actuales dentro del campo sociológico está el análisis de los usos que la sociedad le asigna al cuerpo; estos trabajos se vienen realizando en la última década por el grupo «Actes de la Recherche en Sciences Sociales» de París.

3. La tendencia considerada más importante, fructífera y más específicamente comunicativa es curiosamente la de los investigadores que desde disciplinas diferentes y con intereses contrapuestos, han recurrido en diferente medida a modelos procedentes del behaviorismo. Estos investigadores, que tienen en común el incidir sobre el tema desde la

perspectiva de la microkinésica, pueden dividirse en dos grandes grupos: el primero sería el de aquellos que tienen formación antropológica y se han relacionado o pertenecen al llamado Colegio Invisible (Escuela de Palo Alto) y el segundo estaría integrado por los behavioristas más ortodoxos, generalmente psicólogos de formación; los primeros se caracterizan por estudiar la comunicación corporal en su entorno socio-cultural, dando especial relieve al contexto; los segundos estudian casos individuales o grupales en el seno de laboratorios y tras experimentos artificiales. Los investigadores pertenecientes al primer grupo estarían por lo general más interesados por un estudio interactivo y comunicacional y, generalmente, con técnicas estructuralistas y bajo una concepción sistémica; los pertenecientes al segundo grupo se limitan a correlacionar actitudes con índices manifestados en comportamientos no verbales.

Los representantes más destacables de la primera tendencia son A. Scheflen y R.L. Birdwhistell, el creador de la ciencia de la kinésica. Quizás podría incluirse en esta tendencia psicólogos como Ogston y Condon.

Scheflen apenas distingue entre comportamiento y comunicación. Todo comportamiento está incluido, para este autor, en una «presentación» comunicativa. La «presentación» es el conjunto de los pequeños gestos y de los cambios posturales de una persona dentro de una situación comunicativa; estos repertorios de «posiciones» que configuran la denominada «presentación» son estudiados individualmente. Scheflen no insiste en el estudio de las estructuras subyacentes ni en el de los códigos implícitos compartidos por los actores de la comunicación; sin embargo, sí se preocupa por descubrir las jerarquías que dentro del sistema del comportamiento se establecen entre los distintos elementos de la gestualidad. Birdwhistell estudia la expresión corporal relacionando sentido y uso. Este autor recurrió a la lingüística para aproximarse al cuerpo; en la actualidad la ha abandonado, si bien, a partir de ella, había desarrollado una metodología estructural de análisis mediante la que identifica la progresiva articulación de los movimientos corporales mínimos, es decir, aquellos que no tienen sentido por sí mismos, y que para adquirirlo en una determinada cultura deben aparecer configurando unidades complejas de un nivel superior.

Ogston y especialmente Condon se han planteado el estudio de la sincronía rítmica que cada individuo aprende a lo largo de su desarrollo ontogenético. Los estudios de Condon resultan sumamente interesantes en los procesos de comunicación cara a cara. Tras medir las actividades eléctricas de los cerebros de dos individuos que hablan, este investigador ha demostrado que cada uno de ellos tiene su propio ritmo y que en el proceso de comunicación surge un tercer ritmo común, generándose así una sincronía interaccional entre ambos, que lleva a las curvas de los encefalogramas de los sujetos a superponerse, al margen de cuál sea el que habla o el que escucha.

El segundo grupo está representado fundamentalmente por P. Ekman, W.V. Friesen y A. Mehrabian. Estos autores se oponen enérgicamente a las tendencias antropológicas descritas en apartados anteriores, acusándolas de falta de rigor en los planteamientos teóricos y en los instrumentos de medida; asimismo, el estudio de la gestualidad en sus propios contextos es considerado por los psicólogos behavioristas una fuente de errores, desde el momento en que no se pueden controlar todas las variables ni las posibles respuestas experimentales. Ekman y Friesen se interesan por los actos corporales no verbales, definiéndolos a partir de su uso en condiciones concretas, de su origen, según la forma en que han sido aprendidos y según el procedimiento de codificación. Estos autores han realizado una clasificación, ya clásica, según la cual existen cinco categorías de comportamiento no verbal: reguladores, ilustradores, emblemas, adaptadores y expresiones afectivas. Es precisamente en esta última categoría en donde -más han polemizado con los antropólogos. Estos autores están influidos en este tema de la expresión de las emociones por Ch. Darwin, y especialmente por su obra *La expresión de las emociones en los animales y en el hombre* (1872), en donde se afirma que las expresiones faciales desempeñaron funciones prácticas en algún momento de la evolución y, se reproducen posteriormente cada vez que aparecen situaciones similares a las que las originaron. Uno de los introductores más destacables de esta tesis en el ámbito de la comunicación fue el psicólogo social S. Asch, en 1952, para quien expresión corporal y emoción, lejos de estar articuladas culturalmente, como señalan los antropólogos citados, «constituyen partes integrantes del mismo proceso; ambas consisten en respuestas del sujeto ante condiciones dadas. La parte expresiva de la emoción es en general la forma visible de la experiencia emocional y refleja su contenido y dinámica». En el ámbito de la antropología, las teorías de Darwin sobre este respecto han tenido su eco, por ejemplo, en I. Eibl-Eibesfeldt y en el de la sociología en E.O. Wilson.

Además de Ekman y Friesen, cabe destacar en este apartado a A. Mehrabian, quien relaciona las posturas corporales con grados de intimidad y de relajamiento.

4. No puede dejarse de mencionar en un breve esquema de aproximación al estudio de la expresión corporal, como el que intento realizar, los estudios que está llevando a cabo la psicología evolutiva, en la medida en la que los problemas comunicacionales derivados del desarrollo corporal en el niño han interesado progresivamente a los psicólogos. Temas como la interacción comunicativa del niño con la madre a través del cuerpo, con los compañeros en medios escolares, en los juegos, o los problemas derivados del aprendizaje de los sordomudos, despiertan cada vez más interés en los psicólogos, si bien, ya H. Wallon o J. Piaget se interesaron por las bases teóricas de estos temas en el primer tercio de este siglo. Una de las propuestas más atractivas dentro del campo de la comunicación gestual infantil la encontramos en los trabajos de H. Montagner.

Desde una perspectiva diferente y con unos objetivos de análisis muy lejanos a los de la psicología evolutiva, hay que destacar también la aproximación semiótica al cuerpo. Cabe destacar la diferenciación entre significación y comunicación y entre significación e inferencia realizada por U. Eco. Asimismo resulta atractiva aunque idealista la propuesta de A.J. Greimas sobre las posibilidades de una semiótica natural. M. Foucault relacionó el cuerpo, que considera como un archivo, con las ideologías y existen, asimismo, otras muchas aproximaciones y autores que han realizado aportaciones interesantes desde sus respectivas disciplinas; sin embargo, aunque el tema es lo suficientemente delimitable como para investigar dichas aportaciones en su conjunto, todavía no existe un trabajo

general que las incluya a todas, ni tan siquiera criterios de clasificación que permitan estudiar dichas aportaciones con una cierta coherencia.

La proxémica

Dentro de este apartado hay que incluir el territorio personal y la orientación del cuerpo en las interacciones cara a cara o en pequeños grupos. Es necesario retener que el estudio de esta variable sólo puede ser realizado en relación con las aproximaciones de la kinesia.

La proxémica es la disciplina que estudia el uso del espacio en las culturas y los procedimientos de delimitación territorial de naturaleza comunicativa, que son la mayoría. La preocupación por el estudio del espacio comunicacional procede de la Etología, en donde se han desarrollado las investigaciones más importantes sobre la territorialidad. En lo concerniente a este tema, ha sido fácil pasar del comportamiento animal al humano porque tanto los animales como el hombre tienen en común la noción de «territorio», en la medida en la que necesitan indiscriminadamente un lugar para desarrollar sus necesidades primarias e interactivas, delimitado por señales olfativas, auditivas, visuales, etc., que están sometidas a una dinámica comunicacional. Ha sido E.T. Hall, como ya he indicado, el que ha llevado con más sistematicidad y profundidad las categorías de análisis del espacio al ámbito de la cultura. Los diferentes grupos de toda cultura semantizan el espacio, dotando de significación sus formas de ocupación. En las culturas humanas se segmentan dichos espacios en unidades diferenciadas y discretas que funcionan como signos y que en otras ocasiones son usadas para configurar pensamientos simbólicos.

Existen otros investigadores que deben ser mencionados por haber realizado trabajos ya clásicos sobre el uso y la percepción del espacio, si bien desde una perspectiva más psicológica que socioantropológica como la de Hall. Entre estos investigadores cabe destacar a R. Sommer que se ha preocupado por el estudio de la orientación entre los individuos que se comunican dentro de contextos cerrados muy determinados. A. Moles, ha enfocado el tema desde la perspectiva de la percepción del entorno; Spiegel y Machotka han investigado las zonas definidas por los movimientos de los miembros corporales y el acceso a las mismas en interacciones cara a cara. M. Knapp y A. Mehrabian han estudiado por separado los componentes del entorno y la adaptación del individuo a los mismos. M. Argyle ha estudiado en laboratorio una variable que se sitúa entre la kinésica y la proxémica, se trata de la orientación de la mirada, que para él está relacionada con la pauta del lenguaje, con la intimidad, con la proximidad física entre los comunicantes, etc. Por último existe una serie de trabajos que se vienen realizando sobre la representación del espacio en culturas muy localizadas, y que se han plasmado en monografías antropológicas sobre comunidades o en áreas más genéricas, como el Mediterráneo.

Comunicación corporal e interacción

Tal y como se ha visto, son numerosos y diversos los intereses que se tienen sobre el cuerpo como base para la comunicación; existen otros investigadores y corrientes que no han podido ni siquiera ser citados por problema de espacio. Sin embargo, en general, cada autor se ha preocupado de uno o de varios aspectos de la expresividad corporal; una gran mayoría de las investigaciones seleccionan, por ejemplo, la expresión facial, o los gestos con las manos y estudian todas las posibilidades comunicativas del miembro corporal que corresponda en una o varias situaciones. Desde Ruesch y Kees hasta Cook o Argyle, pasando por el propio Schefen y otros muchos, han realizado diversas clasificaciones que, con mayor o menor fortuna, partían de una disección del cuerpo humano, como si se tratara de estudiar anatomía. Sólo algunos de ellos aprendieron que la expresividad corporal es icónico-analógica y que, salvo en casos excepcionales, como el análisis de los emblemas corporales, esta expresividad no puede ser descompuesta para identificar en su seno unidades discretas. La mayor parte de los investigadores se han consagrado al estudio de un aspecto aislado y a veces descontextualizado. Las divisiones realizadas casi siempre incluyen los mismos elementos: expresión facial, configuración física, aditamentos y adornos, posturas corporales, movimientos del tronco, gestos con las manos, contacto corporal, comportamiento táctil, proximidad física, comportamiento olfativo, orientación, dirección de la mirada, movimientos oculares, dilatación de las pupilas, aspectos paralingüísticos, etc. Las investigaciones que se han amparado, sin embargo, en la línea teórica de G. Bateson, han recurrido igualmente a elementos de la microkinésica, pero en el marco del análisis sistémico. Tanto Bateson, Birdwhistell, como otros colaboradores, han analizado con exhaustividad cada secuencia de interacción filmada, pero asignando la misma pertinencia a los elementos observables que se modificaban a lo largo del proceso interactivo como a aquellos otros que estaban ausentes, cuando en ese contexto interactivo podían ser esperados.

Esta perspectiva de análisis microgrupal puede ser trasladada al análisis macrogrupal, a partir de los conceptos desarrollados por E.T. Hall, que caracteriza a las culturas como de «contexto bajo» y de «contexto alto». En las de contexto bajo, la información se encontraría en los mensajes verbales, digitalizada; sin embargo, en las de contexto alto, los mensajes digitalizados bajo el código de las lenguas naturales u otros, no serían relevantes, sino que la información y el sentido que hay que atribuir a la misma estaría en el propio contexto, en las relaciones humanas, en las formas no verbales de comunicación, etc. Desde esta perspectiva ya no cabe concebirla el análisis comunicacional como el estudio de los mensajes discretos que se transmiten entre actores diferenciados, sino que el objeto nuevo de estudio será el tipo de vínculo o lazo multicanal que posibilita una «participación», entendida tanto en el sentido místico de L. Lévy-Bruhl, como en el sentido sistematizado de Birdwhistell. Para este último autor «un individuo no comunica, sino que toma parte

en una comunicación de la que resulta un elemento» participa de ella y entra y sale de la misma, siguiendo el modelo de la partitura musical, como un violín entra y sale de la melodía orquestal cuando se ejecuta una sinfonía.

Bibliografía

- ASCH, S., *Psicología Social* (1952), Buenos Aires, EUDEBA, 1972.
- BATESON, G., *Pasos hacia una ecología de la mente*, Buenos Aires, C. Lohlé, 1976.
- BIRDWHISTELL, R.L., *El lenguaje de la expresión corporal*, Barcelona, G. Gili, 1979.
- EFRÓN, D., *Gesto, raza y cultura* (1941), Buenos Aires, Nueva Visión, 1970.
- EKMAN, P. y FRIESEN, W., «Origen, uso y codificación: Bases para cinco categorías de conducta no verbal», en Verón, *Lenguaje y comunicación social*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1976.
- GOFFMANN, E., *Relaciones en público*, Madrid, Alianza, 1979.
- HALL, E.T., *La dimensión oculta*, Madrid, IEAL, 1973.
- , *Más allá de la cultura* Barcelona, G. Gili, 1978.
- , *The Dance of Life*, Nueva York, Anchor Press / Doubleday, 1983.
- KLINEBERG, O., *Psicología Social* (1940), México, FCE, 1975.
- LABARRE, W., «The Cultural Basis of Emotions and Gestures», *Journal of Personality*, vol. XVI.
- , «Paralingüística, cinésica y antropología cultural» en W.AA. *Semiótica aplicada*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1978.
- MAUSS M., «Técnicas y movimientos culturales», en *Sociología y Antropología*, Madrid, Tecnos, 1971.
- MOLES A. y ROHMER, M., *Psicología del espacio*, Madrid, Aguilera, 1973.
- Moxeró, J.L., *Théâtre de la spontanéité* (1918- 20), París, EPI, 1984.
- SAPIR, E., «L'influence des modèles inconsciente sur le comportement social» (1927), en *Anthropologie*, París, Minuit, 1967.
- SCHEFLEN, A., «Sistemas de comunicación humana», en W.AA., *La nueva comunicación*, Barcelona, Kairós, 1984.
- SOMMER, R., *Espacio y comportamiento individual*, Madrid, IEAL, 1974.
- TARDE, G., *Les lote de fimitation*, París, 1890, 3.a ed. revisada y aumentada, 1900.